

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo II. Memoria

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
Historia y economía	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

La batalla educacional

Un sueño inconcluso 117
Carmen Vargas Torres

Las Brigadas Ramona Parra.....139
Alejandro “Mono” González

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional
de la Unidad Popular y de Salvador Allende 155
Beatrice Ávalos

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175
Zabrina Pérez Allende

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189
Marcela Gajardo

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular 207
Oscar Torres Rivera

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.
La capacitación campesina en la Reforma Agraria
de la Unidad Popular 227
Rolando Pinto Contreras

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación
cotidiana 247
Sergio Gómez Echenique

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur 263
Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Mujeres en lucha

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular	353
<i>Militza Meneses López</i>	

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide
a un partido de izquierda..... 437
Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular481
Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,
ni educación popular, ni solidaridad internacional),
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 497
Norma Stoltz Chinchilla

La visión chilena medio siglo después 515
Ronald H. Chilcote

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529
Joan Domicelj

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018545
Almino Affonso

Três anos de exílio no Chile ensinaram
o que é um processo revolucionário557
Zillah Branco

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.
La Revolución Chilena desde abajo573
Peter Winn

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia

Jaime Gazmuri Mujica

La última vez que vi a Salvador Allende fue la noche del 10 de septiembre de 1973 en su oficina del Palacio de La Moneda. Registré los recuerdos de ese encuentro en un libro publicado en el año 2000:

El contexto de esos días era la sensación de inminencia del golpe. El tema era cuántas fuerzas militares iban a sumarse, su fuerza dentro del Ejército. Sabíamos que la dirección política del golpe estaba en la Armada, y que era inminente. Teníamos reuniones diarias de nuestra Comisión Política y de los Partidos de la Unidad Popular (UP). Había bastante desconcierto. Y ese día se nos ocurrió que, ya que el golpe era inminente, desde el punto de vista táctico era preferible un golpe contra la autoridad presidencial, y que Allende debía ejercer su autoridad tomándolos por sorpresa. Lo que propusimos era que descabezara el mando de la Armada. Yo debía proponerle en nombre del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitario) esta salida, que significaba tomar la iniciativa en el plano militar. Suponíamos que habría resistencia, pero esperábamos el respaldo de los militares leales a la Constitución (Gazmuri y Martínez, 2000, p. 83).

Tuve que hacer una larga antesala en la estancia que ocupaban los edecanos. Después de recibir al canciller Almeyda, que venía de la Cumbre de los Países No Alineados en Argel y de pedirle que lo llamara a primera hora del día siguiente, quedé solo con el Presidente, quien tenía mucho sentido del humor. Le planteé nuestra idea, se rió y me dijo “¿Qué quiere Jaime? ¿Que le preste el sillón un rato?” y me mostró el sillón de O’Higgins. Yo le contesté en el mismo tono: “Presidente, si me los presta doce horas para hacer esto, yo no me opondría”. La reunión terminó con ese clima.

Lo que no sabía esa noche era que el Presidente ya había tomado la decisión de llamar a un plebiscito al mediodía del día siguiente para dirimir mediante un procedimiento institucional el agudo conflicto político que vivía el país. Mantengo también vívido el recuerdo que tuve al bajar las escaleras del Palacio (que daban a la salida de la calle Moneda, hoy desaparecidas): pensé en cuántos años transcurrirían antes de volver a ese lugar, al que había concurrido tantas veces en los últimos casi tres años.

Al día siguiente, desperté temprano con llamadas que informaban que la Armada había regresado a Valparaíso de unas maniobras que regularmente se hacían con la Marina estadounidense y que la ciudad estaba copada. También se reportaban movimientos inusuales de tropas hacia Santiago. Llamé a la residencia presidencial en la calle Tomás Moro, muy cercana al departamento en el que vivía, y hablé con Beatriz (Tati), una de las hijas del Presidente. Me confirmó que tenían la misma información, que la estaban verificando, y qué su padre se estaba preparando para trasladarse a La Moneda. Al escuchar los primeros bandos militares que confirmaban que Pinochet se había plegado al golpe, recuerda María Beatriz, mi pareja de entonces, que mi única reacción fue decir “estamos jodidos”. A pesar de la existencia de un importante, aunque minoritario, contingente de militares que tenía un compromiso con el orden constitucional, el hecho de que el Comandante en Jefe (quien había reiterado su lealtad al Presidente) encabezara la sublevación, significaba que el gobierno

no contaría con ningún apoyo militar activo, sin el cual toda resistencia de masas no tenía ningún destino.

Me trasladé a la sede del Partido en el centro de Santiago, para desalojarla, limpiarla de documentación y comenzar a preparar el paso de la dirección a la clandestinidad. Transmití un mensaje a través de la radio Candelaria (la última en ser acallada) y llamé a La Moneda para despedirme del Presidente. Me contestó Máximo, el jefe del Grupo de Amigos Personales (GAP) quien me informó que en ese momento Salvador Allende estaba despidiendo a los edecanes, por lo que no podía pasar mi llamada. Le pedí le transmitiera mi saludo y mi cariño.

Lo que yo sí sabía era que el Presidente no saldría vivo de La Moneda y que la iba a defender con las armas en la mano junto a su fiel guardia personal, quienes lo acompañaban. Era una decisión largamente meditada, no un arrebato del momento. La había anunciado reiteradamente en público y en privado: Allende no iba a abandonar el lugar que el pueblo y la Constitución le habían encomendado. La presencia de ánimo de Allende en la jornada más decisiva de su prolongada vida política es admirable, así como su profundo sentido de la historia. Es completamente consciente que está dando una batalla imposible, pero transmitiendo un mensaje de un inmenso valor ético y político para los suyos y las nuevas generaciones. Tenía clara consciencia también del valor de la experiencia revolucionaria que encabezó para todas las fuerzas progresistas del mundo.

Por todo ello, desde el comienzo me pareció plausible la tesis del suicidio del Presidente. No solo por mi confianza en el testimonio directo del doctor Patricio Guijón, sino porque con La Moneda en llamas y las tropas en condiciones de ingresar al Palacio, la posibilidad de salir herido en un último enfrentamiento era alta. A mi juicio, es lo que explica que se haya preocupado de que sus hijas, su secretaria, sus médicos y algunos de sus amigos abandonaran el edificio: para salvarles la vida y para tomar la única decisión que garantizaba el cumplimiento de su compromiso de no abandonar con vida el principal símbolo de la República.

La gesta de Allende del 11 de septiembre, el sacrificio de su vida, el tono y el contenido de sus últimos mensajes radiales al país son suficientes para otorgarle un lugar de honor entre las grandes figuras de la izquierda del siglo XX. Pero su legado va más allá del coraje y la consecuencia demostrados en la hora de la derrota. A mi juicio el valor universal de su legado consiste en la naturaleza del proyecto político que impulsó y encabezó una vez que la Unidad Popular asumió el gobierno el 4 de noviembre de 1970: el intento de construir un segundo modelo de socialismo, inédito en la historia, en el que la superación del capitalismo se realizaría en el marco de un sistema político de plena democracia. Se intentaba conjugar, en un país ubicado en el confín del mundo, los dos grandes valores que en siglo XX anduvieron trágicamente desencontrados: la libertad y la igualdad, la democracia y el socialismo. Es cierto que el proyecto de Allende despertaba variadas diferencias y suspicacias en el seno de la izquierda y de la propia alianza que encabezó, pero es indiscutible que permaneció firmemente comprometido con él: porque se fundaba en sólidas convicciones adquiridas a lo largo de una dilatada y fecunda trayectoria política de varias décadas y en la herencia de lo mejor de las tradiciones del socialismo chileno sintetizadas por Eugenio González en el programa del Partido Socialista (PS) de Chile de 1947.

No fue fácil para la izquierda chilena construir la Unidad Popular en 1969, concordar un programa común y elegir un candidato único para la elección presidencial de 1970.

A los 25 años tuve el privilegio de participar activamente en ese proceso, así como en los mil días del Gobierno Popular. En 1969 ejercía el cargo de subsecretario general del MAPU, el más joven de los partidos de la izquierda, surgido de los sectores más radicalizados de la Democracia Cristiana (DC), es decir, de la cultura cristiana revolucionaria de la época, con una fuerte implantación en el vigoroso movimiento campesino surgido de la Reforma Agraria, en el estudiantado y con bases menores en el sindicalismo urbano. A pesar de ser un partido pequeño, su aparición fue cálidamente recibida por los partidos históricos –Comunista y Socialista– e invitado de

inmediato a participar en el proceso de fortalecimiento de la izquierda que estaba en curso. En tal calidad, me correspondió participar activamente en todo el proceso de constitución del nuevo referente, en los debates que dieron origen al programa común, en la definición del candidato único, en la conducción de la campaña y en los mil días del Gobierno Popular.

La Unidad Popular fue convocada por los partidos Socialista y Comunista con el objetivo de ampliar la alianza de izquierda—el Frente de Acción Popular (FRAP)—que había enfrentado bajo el liderazgo de Salvador Allende las campañas electorales de 1958 y 1964, alianza derrotada en ambas oportunidades. En el país, y en muchos lugares del planeta se respiraban aires de transformación y de cambio.

En Chile, la crítica al *estatus quo* no era patrimonio exclusivo de la izquierda: la DC, que en un evento partidario había desechado la hipótesis de buscar la unidad con la izquierda, levantó la candidatura de Radomiro Tomic, dotada de una fogosa retórica anticapitalista. La cuestión de la superación del capitalismo aparecía en la orden del día como una reivindicación no solo necesaria, sino también posible de realizar en el momento histórico que se vivía.

En los debates de la naciente alianza, obviamente, no se discutió la pertinencia de concurrir a la elección presidencial del año siguiente, ni a todas las del futuro. Ninguna fuerza significativa de la izquierda propiciaba en esos años la estrategia de la lucha armada como el camino para la conquista del poder, con la excepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Todos los partidos de la UP compartíamos la utilidad del camino electoral, aunque muchos pensaban que el triunfo era prácticamente imposible. En tal caso, el proceso permitiría acumular fuerzas para futuras batallas que quizá se dieran en otros escenarios.

La amplitud de la alianza sí fue objeto de controversia. Sectores del PS tenían reparos a la incorporación del Partido Radical, clásico representante de sectores medios, y que se había desplazado hacia la izquierda después de su participación en el gobierno de derecha de Jorge Alessandri. Se argumentaba que su inclusión contravenía la

línea del Frente de Trabajadores, que era la consagrada en los congresos del Partido. La línea del naciente MAPU era la del Frente Revolucionario, que ponía el énfasis en garantizar la “dirección proletaria” de una alianza amplia, por lo que estábamos de acuerdo en la participación de pleno derecho de los radicales. El asunto fue resuelto por Aniceto Rodríguez, secretario general del PS, que consiguió el apoyo tácito de su dirección para cuando suscribimos solemnemente el Pacto de Gobierno y de la Unidad Popular, el 26 de diciembre de 1969.

Particularmente intensa fue la discusión sobre el estilo y la conducción de la campaña, y eventualmente del futuro gobierno. A poco andar, percibí que existía entre los partidos del FRAP numerosas críticas a la conducción de la campaña de 1964. La derrota de ese año fue traumática. El ascenso de la izquierda y el temor a la posibilidad cierta de que Allende alcanzara la presidencia –que había estado a punto de conseguir seis años antes–, hizo que la derecha se retirara de la contienda y resolviera apoyar la candidatura reformista de Eduardo Frei. Aunque él pregonara que no cambiaría su programa “ni por un millón de votos”, toleró el desarrollo de una campaña anticomunista sin precedentes, dotada de cuantiosos recursos y el indesmentible apoyo de la CIA. Aunque no siempre se explicitara, la crítica también implicaba al candidato y se podría resumir dos puntos: la pérdida de los partidos del control del proceso y el peso desproporcionado que habrían adquirido sectores tecnocráticos y figuras independientes. La afirmación del rol dirigente de los partidos y de la importancia de institucionalizar su papel en el Comité Político de la UP es un elemento relevante en todos sus acuerdos y documentos fundacionales. También la posición común de que la campaña electoral debía estar basada en un amplio proceso de movilización y organización popular. Se promovió la creación de los Comités de Unidad Popular (CUP) en cada territorio y lugar de trabajo con el objetivo de generar espacios de encuentro de los militantes de todos los partidos y de los y las ciudadanos y ciudadanas independientes de izquierda con objetivos políticos, que incluían ciertamente la lucha electoral, pero que los

trascendían al ser concebidos como instancias vinculadas a las organizaciones de masas y sus reivindicaciones y al apoyo a un eventual Gobierno Popular.

Consecuentemente con lo anterior, se encargó a un colectivo, integrado por un representante de cada uno de los seis partidos, la elaboración del Programa de Gobierno. El debate fue arduo, pero finalmente el reducido número de dirigentes logró consensuar un documento que fue íntegramente ratificado por las direcciones partidarias. En él se establecía el carácter antiimperialista, antimonopólico y antilatifundista de un programa cuyo objetivo era iniciar la construcción del socialismo. Se sorteaba de esta manera una discusión clásica de la izquierda de la época sobre el carácter de la revolución: democrática-nacional o socialista. En el plano político se postulaba la construcción de un Estado Popular, surgido de una nueva Constitución, cuyo órgano superior sería una Asamblea del Pueblo y cuya misión histórica sería profundizar la democracia, en el pleno respeto de todas las libertades.

Difícil fue, en cambio, el acuerdo para acordar el candidato. Como MAPU, propusimos que fuera designado mediante una consulta en la que participaran todos los integrantes de los Comités de la Unidad Popular. La proposición no obtuvo el apoyo de ningún partido. Se acordó que estos serían los encargados de nominarlo.

El problema político de fondo era que por primera vez desde 1964 la izquierda no tenía un líder indiscutido como lo había sido Allende. Se presentaron, por tanto, cuatro precandidaturas: Alberto Baltra, un prestigioso abogado y profesor radical de izquierda, que había adquirido notoriedad, entre otras cosas, por su defensa pública de la construcción del muro de Berlín; Rafael Tarud, senador independiente de izquierda, apoyado por dos pequeños partidos –la Acción Popular Independiente y el Partido Social Demócrata– nucleados principalmente en torno a su figura; Pablo Neruda, el gran poeta nacional, propuesto por los comunistas, y Jacques Chonchol, uno de los principales teóricos e impulsores de la Reforma Agraria, muy bien valorado en amplios círculos de izquierda, incluso al interior del PS,

propuesto por el MAPU. Salvador Allende se convirtió en el candidato del PS solamente después de que su oponente, Aniceto Rodríguez, resignara su candidatura. En la votación del Comité Central que aprobó su candidatura, Allende obtuvo 12 votos y se registraron 13 abstenciones. Rondaba la idea de que era una figura respetable, pero un tanto gastada y que no representaba cabalmente los aires revolucionarios del momento histórico.

Desechada la idea de una consulta popular, se inició una ronda interminable de consultas de los partidos para conseguir un acuerdo. Como Chonchol era candidato, me correspondió encabezar la delegación del MAPU en todo el proceso, y conocer e interactuar con todos los máximos dirigentes de los partidos, a cuya mayoría solo conocía por la prensa y por la incipiente televisión. Fue una sucesión interminable de reuniones bilaterales y del conjunto. Apremiaba una pronta resolución, ya que las candidaturas rivales, la de Alesandri y Tomic, ya estaban desplegadas y la opinión generalizada era que el candidato de la derecha tenía una ventaja considerable. Recuerdo una reunión en el centro de Santiago realizada el último día de 1969, fecha en que nos habíamos comprometido a definir el candidato, clausurada sin acuerdo al filo de la medianoche.

Mantengo claro el recuerdo del momento en que comencé a cambiar mi opinión sobre el futuro candidato y me convertí, hasta el día de hoy, en un allendista convencido. En el MAPU, especialmente a los jóvenes, que éramos la mayoría, no nos convencía la figura de Allende. Sabíamos que la opción de Chonchol solo era viable en la medida que tuviera apoyo del PS, en el que algunas figuras relevantes nos alentaban a insistir en su candidatura. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que solo habría acuerdo con un candidato socialista –Allende u otro–, y para facilitar la solución del entuerto, retiramos nuestra candidatura de la mesa de negociación. De esta manera, nuestra opinión se hizo codiciada, pues nos convertimos en el primer partido en condiciones de apoyar a los candidatos que se mantenían en competencia. Fuimos cortejados por todos los que

estaban en carrera, menos por Neruda, ya que tanto él como los comunistas sabían que la suya era una presencia más bien simbólica.

Allende invitó a un almuerzo en su casa de la calle Guardia Vieja, donde hasta hoy vive su hija Isabel, a las figuras públicas más destacadas del MAPU –Jacques Chonchol, los senadores Gumucio y Jerez, Vicente Sota– y a mí, el único representante de los jóvenes dirigentes, pues sabía que constituíamos la mayoría del Partido. Nos recibió en su pequeño escritorio, poblado de retratos con dedicatorias personales de íconos revolucionarios del siglo XX –Ho Chi Min, Fidel, el Che– y de Pedro Aguirre Cerda, el presidente del Frente Popular chileno, a quien había acompañado en su gobierno como ministro de Salud. Una vez sentados a su mesa bien servida, nos emplazó sin rodeos: los he invitado para que me expliquen por qué se resisten a apoyarme en circunstancias en las que soy el único candidato capaz de encabezar la Unidad Popular y vencer en septiembre próximo. Alberto Jerez, con más lealtad que convencimiento, me apoyó con la siguiente explicación: aun reconociendo sus méritos históricos, lo considerábamos una figura demasiado convencional. Me impresionó su prestancia, confianza en sí mismo y seguridad. Cuando informé del encuentro a mis compañeros de la dirección, les transmití que “Allende puede que sea reformista, pero es un tipo que se las trae”.

Finalmente, en una prolongada reunión en un local de la Alameda, el 22 de enero de 1970 y contando con su presencia, el Comité Político de la Unidad Popular acordó la candidatura de Salvador Allende, previo a la firma de un documento en que se comprometía a configurar un Gobierno con una presencia equilibrada de todos los partidos de la alianza. De la reunión, salimos a la Plaza Bulnes, porque el Partido Comunista había convocado al pueblo de Santiago para exigir a los partidos la definición del candidato único. Frente a la multitud, Luis Corvalán (secretario general) anunció la buena nueva y Allende pronunció el primer discurso de su cuarta campaña presidencial, que esta vez sí lo llevaría a La Moneda diez meses más tarde.

Acompañé al candidato a la primera gira electoral. Quiso comenzar por la circunscripción que lo había elegido senador en mayo de 1970, en una competencia en la que venció por una mayoría abrumadora a su contendor por el liderazgo del socialismo chileno, Raúl Ampuero. Partimos de Magallanes y lo acompañé también en Aysén. Fui testigo de su enorme apoyo entre los trabajadores de las estancias de la Patagonia y de las ciudades de la región. Las resistencias que despertaba en las direcciones y los cuadros intermedios de los partidos se disolvían en el contacto directo con un pueblo izquierdista que lo reconocía como su líder indiscutido.

La campaña que partió tardíamente, y con pocas perspectivas de victoria, comenzó a tomar un impulso creciente, animada por un candidato incesante quien alcanzó la primera mayoría en septiembre. Así y todo, la votación de Allende fue porcentualmente menor que la alcanzada seis años antes: 36.2% frente a 38.6%. La noche del triunfo, la Alameda se desbordó de una multitud alegre y esperanzada. El Presidente electo reiteró su compromiso con el programa de profundas transformaciones revolucionarias. Tan notable como su discurso, fue la presencia de numerosos jóvenes demócratacristianos celebrando en las calles el triunfo de Allende sobre la derecha, portando los afiches de la campaña de Tomic.

No fue sencilla la instalación del nuevo gobierno. Poderosas fuerzas, tanto internas como internacionales, intentaron por todos los medios impedir que Allende asumiera la presidencia. La historia es conocida. Fracasó la maniobra para que en el Congreso Pleno la Democracia Cristiana votara por la segunda mayoría relativa –lo que constitucionalmente era posible– con el compromiso de que Alessandri renunciara para permitir una nueva elección en la que Frei sería el candidato. Fracasó, asimismo, un intento de golpe encabezado por el Comandante en Jefe de la Armada y el General a cargo de la guarnición de Santiago del Ejército. El programado secuestro del general Schneider, quien en su calidad de máximo responsable del Ejército había sostenido que las Fuerzas Armadas respetarían cabalmente la resolución del Congreso Pleno, realizado por un comando

civil inexperto de ultraderecha, culminó en su asesinato. El plan consistía en culpar del secuestro a grupos de izquierda y provocar un clima de conmoción pública que permitiera la intervención de las Fuerzas Armadas antes de la convocatoria del Congreso Pleno. Si este se constituía era inminente la proclamación de Allende después del acuerdo entre la DC y la Unidad Popular, que negociaron un pacto de garantías democráticas que se consagró en una reforma constitucional.

El asesinato de Schneider, el primer magnicidio cometido en Chile desde el ajusticiamiento del ministro Portales en 1837, provocó tal impacto que la proclamación y la asunción de Allende como presidente de la República se realizó en un clima de gran legitimidad. Los devaneos golpistas quedaban, si no completamente extirpados, al menos postergados.

El gobierno, y en particular el Presidente, demostraron desde el primer momento la determinación de aplicar resueltamente el programa de gobierno. Se aceleró la aplicación de la Reforma Agraria, se presentó al Congreso el proyecto de reforma constitucional para la nacionalización del cobre, se comenzó el proceso de constitución del área de propiedad social utilizando diferentes mecanismos para la nacionalización de la banca y el traspaso al estado de las empresas monopólicas. Al mismo tiempo, se inició la implementación de las denominadas “40 medidas”, un conjunto de iniciativas de corto plazo comprometidas paralelamente al programa de Gobierno, que apuntaba a resolver necesidades inmediatas, desde la distribución del medio litro de leche a todos los niños del país, reajustes salariales significativos, intervenciones urbanas, programas de vivienda y recreación popular, entre muchas otras.

El dinamismo y la determinación inicial del gobierno tuvieron un resultado casi inmediato en el aumento sustantivo de su apoyo popular. En la elección municipal de marzo de 1971, a solo cuatro meses de su instalación, los partidos de la Unidad Popular obtuvieron más del 50% de la votación, un aumento de casi 15 puntos porcentuales respecto de la elección presidencial de septiembre del año anterior.

Durante el primer año del gobierno la iniciativa política estuvo básicamente en sus manos, favorecida por un muy buen desempeño económico. Las activas políticas redistributivas estimularon el pleno aprovechamiento de la capacidad productiva instalada, lo que generó un crecimiento del PIB superior al 8%. Las poderosas fuerzas que desde el comienzo apostaron al derrocamiento, con el estímulo activo y declarado del gobierno de Nixon bajo la inspiración de Kissinger, vieron reducido temporalmente su campo de maniobra.

La tradición señala que el primer mensaje del Presidente al Congreso Pleno tiene la importancia de que el nuevo mandatario define allí los que serán los ejes y los objetivos centrales. Allende tenía plena conciencia de la significación de este hito republicano y preparó con esmero su primera comparecencia. Es un documento notable. Define en él su concepción de la naturaleza del proceso que pretende encabezar. Vale la pena citar algunos de sus párrafos más significativos:

Las circunstancias de Rusia en el año 1917 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales

han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista (Primer discurso ante el Congreso de la República, 21 de mayo de 1971).

La formulación de Allende contiene una doble afirmación: por una parte, se vincula la revolución chilena al movimiento de las revoluciones socialistas iniciadas en octubre de 1917 en Rusia; por la otra, se afirma el carácter completamente inédito del proceso chileno: un segundo modelo, cuya característica propia es el pluralismo y la democracia política. Se comparte el carácter anticapitalista de los otros procesos, no su modelo político, acá no habrá dictadura del proletariado, categóricamente.

Obviamente no todas las fuerzas políticas, ni incluso el pensamiento político predominante en la izquierda chilena de la época, compartían el planteamiento teórico del Presidente. Muchos pensaban, los comunistas en primer lugar, que no existía tal segundo modelo; el leninismo y la experiencia de la Revolución Cubana tenían gran influencia en los otros partidos de izquierda, por lo que no les era sencillo abandonar de buenas a primeras la teoría de la dictadura del proletariado. Así y todo, nadie se apresuró a contradecir abiertamente al Presidente, y todos los partidos de la UP, al margen de sus precariedades en el terreno de la teoría política, habían tenido y mantuvieron hasta el final una conducta práctica democrática irreprochable.

Consciente tanto de que ya se había producido un intento de detener el proceso mediante la Fuerza Armada incluso antes de acceder al gobierno, y de la existencia de opiniones en la izquierda chilena

y latinoamericana que negaban la viabilidad de una transición al socialismo por la vía pacífica, en ese mismo documento confronta directamente esas posiciones. Según sus palabras:

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del Pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del general Schneider, en la Fuerzas Armadas, como parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal (Primer discurso ante el Congreso de la República, 21 de mayo de 1971).

Esa fue la posición permanente del Presidente frente a la llamada “cuestión militar”, uno de los nudos estratégicos de toda estrategia revolucionaria. No había ninguna ingenuidad en su planteamiento. Existía plena consciencia de que los poderosos enemigos del proceso estaban dispuestos a sacrificar la democracia en la defensa de sus privilegios. Pero, al mismo tiempo, tenía la convicción de que el dique a sus propósitos golpistas consistía en la profundización de las tradiciones profesionales y democráticas, particularmente en el Ejército y en la organización y movilización popular, principalmente de la clase obrera, para la defensa de la democracia.

En el MAPU, compartimos esa política desde el Congreso de comienzos de 1971 e intentamos desarrollarla activamente. En el informe al Tercer Pleno, realizado los días 28, 29 y 30 de mayo de 1971, rendido por Eduardo Rojas, resolvimos exponer fundadamente nuestra posición sobre este asunto que nos parecía de la mayor importancia política, así como también teórica, dada la fuerte influencia

del marxismo-leninismo prácticamente en todos los partidos de la izquierda chilena. Me correspondió trabajar con Rodrigo Ambrosio –secretario general y líder del Partido– la parte pertinente de dicho informe. En este afirmábamos que “las Fuerzas Armadas... sólidamente asentadas en tradiciones constitucionalistas, profesionales y de progreso comprenden que, en esta etapa, igual que en todas las grandes etapas de nuestra historia, el acrecentamiento de nuestra soberanía es la obra de todo el pueblo, plenamente movilizado” (s/d). Y alertábamos contra el dogmatismo:

En esta materia cualquier analogía simplista con el papel que en otros procesos revolucionarios jugaron otras fuerzas armadas puede conducir a conclusiones equivocadas. Igualmente, un análisis teórico esquemático sobre el papel del Estado y sus aparatos armados en las sociedades clasistas a través de la historia puede llevar a enfoques dogmáticos, que ligen de manera mecanicista las clases dominantes a sus instrumentos institucionales de dominación (s/d).

Por otra parte, destacábamos el aporte que las instituciones armadas podían entregar a las tareas de desarrollo de la independencia económica y, finalmente, reflexionábamos sobre los cambios en los supuestos de la seguridad nacional que implicaba la existencia de un gobierno comprometido a asegurar plenamente la soberanía nacional.

En un gesto audaz para su tiempo, Rodrigo envió el Informe al general Carlos Prats, que sucedió a Schneider y fue ratificado por Allende en la Comandancia en Jefe de su institución. Acompañaba el informe una carta que explicaba nuestro interés en que conociera de primera mano la posición de uno de los partidos de la Unidad Popular sobre el rol de las fuerzas armadas en el proceso histórico que se iniciaba. Para nuestra sorpresa, al poco tiempo recibimos por escrito la respuesta de Prats, en la que no solo acusaba cortésmente recibo del informe, sino que señalaba su acuerdo general con su contenido en la materia específica y reiteraba su interpretación de la que pasó a llamarse “la doctrina Schneider”, del estricto apego del Ejército al

orden constitucional. El intercambio epistolar dio paso a una fluida relación que me correspondió continuar después de la muerte de Rodrigo Ambrosio, en mayo de 1972, que se profundizó durante el período en que asumió el Ministerio del Interior durante el paro insurreccional de octubre de ese año y que se mantuvo hasta las vísperas del golpe, cuando ya había sido desplazado del mando.

El paro de octubre polarizó al país y su repliegue constituyó un triunfo significativo del gobierno y la UP. La presencia de Prats en el gobierno, acompañado de un Almirante y un General de la Aviación, jugó un papel central en su desenlace. La presencia militar en el gobierno fue duramente criticada por el MIR desde fuera y soportada en sordina por sectores al interior de la alianza.

El sorprendente resultado de la elección parlamentaria de marzo de 1973, que registró un apoyo contundente del 43% a los partidos que formaban el gobierno, a pesar de la aguda polarización política y una severa crisis de abastecimiento, hizo que la dirección estratégica de la derecha política y empresarial –con el apoyo activo del gobierno de Estados Unidos– abandonara toda ilusión de terminar con el gobierno por medios constitucionales y resolviera generar las condiciones del golpe de Estado. Para ello resultaba indispensable, en primer lugar, eliminar la figura y la influencia de Prats y sus seguidores en las fuerzas armadas. Y luego, atraer a una estrategia de aguda confrontación con el gobierno al conjunto, o a la mayoría, de la DC, bajo el liderazgo de Eduardo Frei Montalva, entonces presidente del Senado. Desgraciadamente, consiguieron ambos objetivos. Las agudas diferencias que surgieron al interior de la Unidad Popular, sobre el modo de enfrentar la crisis y la debilidad de los sectores democráticos, facilitaron el trágico desenlace. Pero esta es materia de otra reflexión.

Termino citando mi registro del día en que Prats renunció, después de una manifestación de repudio de varias decenas de esposas de oficiales, entre ellas varias de generales, frente a su residencia oficial:

Estaba muy abatido. Me lo encontré en uno de los pasillos de La Moneda, en el segundo piso. Me dice 'supongo que estará de acuerdo con que yo renunciara, con que era el mejor camino'. Le digo: 'perdone que le diga que no don Carlos, yo pienso que es un error'. 'Pero don Jaime, entienda usted que si yo no renuncio eso significa la guerra civil, y eso significa en este país treinta mil muertos'. 'Lo malo, general, es que con la renuncia suya los muertos van a ser solo nuestros' (Gazmuri y Martínez, 2000, p. 114).

Referencias

Allende, S. (1971, 21 de mayo). La "vía chilena al socialismo". Primer discurso ante el Congreso de la República. Marxist Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/21-5-71.htm>

Gazmuri, J. y J. M. Martínez. (2000). *El sol y la bruma*. Santiago: Ediciones B.